



CUENTOS DE JÓVENES PARA JÓVENES



Cuentos ganadores del Sexto Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
Consejeros electorales: FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO
BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ

Secretario ejecutivo: BERNARDO VALLE MONROY

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL
Propietario: JUAN DUEÑAS MORALES
Suplente: ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL
Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: ENRIQUE ÁLVAREZ RAYA

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA
Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
Suplente: JOSÉ RAMÓN AMIEVA GÁLVEZ

PARTIDO DEL TRABAJO
Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ÓSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO
Propietaria: ZULY FERIA VALENCIA
Suplente: FERNANDO GARIBAY PALOMINO

MOVIMIENTO CIUDADANO
Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA
Propietaria: HERANDENY SÁNCHEZ SAUCEDO
Suplente: JOSÉ ALEJANDRO PARDAVÉ ESPINOSA

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL
Propietario: MAURICIO TABE ECHARTEA
Suplente: FERNANDO RODRÍGUEZ DOVAL

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL
Propietario: EMILIANO AGUILAR ESQUIVEL
Suplente: ALICIA VIRGINIA TÉLLEZ SÁNCHEZ

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA
Propietario: ARMANDO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ
Suplente: VÍCTOR HUGO ROMO GUERRA

PARTIDO DEL TRABAJO
Propietario: JOSÉ ALBERTO BENAVIDES CASTAÑEDA
Suplente: JUAN PABLO PÉREZ MEJÍA

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO
Propietario: RAÚL ANTONIO NAVA VEGA
Suplente: NORBERTO ASCENCIO SOLÍS CRUZ

CUENTOS DE JÓVENES PARA JÓVENES

Cuentos ganadores del Sexto Concurso Infantil y Juvenil de Cuento



COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral Yolanda C. León Manríquez

INTEGRANTES

Consejero electoral Fernando José Díaz Naranjo

Consejero electoral Néstor Vargas Solano

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional: Juan Dueñas Morales (propietario), Elsy Lilian Romero Contreras (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: Marco Antonio Michel Díaz (propietario), Enrique Álvarez Raya (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: Miguel Ángel Vásquez Reyes (propietario), José Ramón Amieva Gálvez (suplente) • Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: Zuly Feria Valencia (propietaria), Fernando Garibay Palomino (suplente) • Movimiento Ciudadano: Óscar Octavio Moguel Ballado (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), José Alejandro Pardavé Espinoza (suplente).

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Diseño y formación: Xavier Aguilar, jefe del Departamento de Diseño y Producción

Corrección de estilo: Susana Garaiz, analista correctora de estilo

Ilustración: Estelí Meza

Autores: Iván Maximiliano Anaya, María Alejandra Castillo Martínez, Abraham Cerón

Miranda, Bryan Daniel Gómez Montes, Tomás Sebastian Gómez Pereyra, Dayan Scarlet Rodríguez Soto

Publicación aprobada por la Comisión de Capacitación Electoral y Educación Cívica en su octava sesión ordinaria, el 27 de agosto de 2012.

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D. F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, noviembre de 2012

ISBN: 978-607-7989-50-9

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7989-68-4
--

ÍNDICE

Segunda categoría

(De 12 a 14 años)

EL ENSUEÑO
DE UN HUÉRFANO.7

¿PENA...?.25

EL DILEMA
DE LAS MASCOTAS.33

Tercera categoría

(De 15 a 17 años)

NORMAL, COMO TODOS
LOS DEMÁS DÍAS.45

SECRETOS A VOCES.59

LAS NIÑAS Y LAS ELECCIONES.75

SEGUNDA CATEGORÍA, PRIMER LUGAR

EL ENSUEÑO DE UN HUÉRFANO

Bryan Daniel Gómez Montes



Introducción

Sí, era como un día cualquiera tratando de cumplir mi objetivo, trabajando en un puesto en el campo, con mi patrona la señora Gominia: —¡Eldao! —como ella me decía— ven para acá.

—Ya voy —le decía—, pero no me digas Eldao. Ya te dije que soy Eladio.

—Como sea, ¡ven para acá! —me contestaba—.

Era una mujer de aspecto rudo y estricto, pero conmigo era algo compasiva, pues ella fue la que me ayudó a evitar la muerte de mi familia. Todo comenzó aquella madrugada...

Capítulo 1

Aquella trágica noche

Era un 15 de junio de 1990 cuando conocí la luz del día. Mi padre, Linko, de herencia coreana, y mi madre, Askura, de herencia japonesa; sin embargo, ellos nacieron aquí. Como han de imaginar, tenía ojos rasgados. A veces la gente me confundía que dormía y eso me molestaba, pero no lo tomaba en cuenta. Sin embargo, toda aquella alegría que veía reflejada se fue para siempre en esa ocasión cuando cumplí mis cinco años de edad. No éramos una familia de muchos recursos y me hicieron mis padres una pequeña comida: un plato de sopa y arroz con un poco de soya. Vivíamos en un departamento; al terminar la cena, cuando dormía ocurrió aquella tragedia que en mis sueños reflejo todavía: tocaron la puerta, yo me desperté, mi madre aún dormía, mi padre abrió la puerta, era una persona de traje, las once de la noche marcaba el reloj y mi padre empezó a estar nervioso, lo invitó a pasar y yo me levanté y espiaba en una parte de la puerta, discutían acerca de una deuda, mi padre se levantó y le dijo indignado al señor: —Pero ¡cómo! Si apenas fue hace una semana

que te he dado lo debido y sabes muy bien el porqué, me niego a dártelo, ¡esto es una injusticia! —se exaltó—. El hombre no dijo nada, de su pantalón sacó un arma de fuego, pero no disparó, fue hacia el cuarto de mi madre y tomándola como rehén reclamaba su dinero, mi padre trató de detenerlo por lo que corrió, lo tumbó y quedó aturdido el sujeto, aprovechando esta situación mi madre me tomó y sin esperar más salimos corriendo ella y yo.

Sólo escuchamos ya en la calle cuando llegaron camionetas negras que tenían un símbolo muy raro, como un ojo rodeado de lágrimas rojas. Los sujetos subieron al departamento y se escuchó una serie de cañones de ametralladora, mi padre tenía un arma, pero, como se esperaba, los sujetos le ganaban en número, mi madre y yo corrimos hasta que logramos pedir un aventón y llegamos con mi tía. Nunca olvidé el nombre de aquel conductor: Miguel Narlés. Ya con mi tía le comentamos lo sucedido, pero de alguna manera los sujetos que llamé los “malos de ojo” nos lograron rastrear y se escucharon las camionetas, mi madre sabía lo que sucedería así que me escondió en el ático junto con mi tía, y ella salió corriendo por el jardín. Sólo se escuchaban las pisadas y palabrerías que aquellos hombres le decían a mi madre, empecé a llorar y mi tía me tranquilizó y tapó la boca, al final sólo escuchamos una serie de gritos, ¡eran los de mi madre! Los sujetos le decían groserías y le pegaban, después ya no vi más pues uno se había acercado mucho y temíamos que nos escuchara, sólo podía escuchar los gritos de mi madre y una serie de respiros muy fuertes de aquellos sujetos.

Entonces se escuchó una bala y después... se fueron. Cuando salimos mi tía y yo nos percatamos de que había sido golpeada y tenía marcas en todo el cuerpo, yo llorando la abracé, recuerdo lo que le decía: —Mamá, mamá por qué no respondes... ¡mamá!—. Estaba exaltado, comencé a llorar de nuevo, también traté de ver si tenía la foto que ella procuraba traer, donde yo la

abrazaba, pero los ladrones cínicos se la habían llevado. Mi tía que era su hermana estaba destrozada, aquellos sujetos habían asesinado a mis padres y yo me había quedado solo, pero no me dijo lo que tenía mi madre (es decir, que estaba muerta), entonces habló a la policía y a la ambulancia. Cuando llegaron no puedo olvidar lo que dijeron los paramédicos: —Pobre mujer ha sido golpeada y, mira, ese pequeñito de ahí, de seguro es su hijo, se ha quedado sin madre—. Esas frías palabras me desorientaron, sentí una presión en mi interior, pues supe que mi madre ya no estaba conmigo, mi tía suplicaba un auxilio de aquellos médicos y entonces sucedió: —Señora, su hermana ya no se encuentra con nosotros, pero tome, esto le servirá y mi dirección, cualquier cosa que necesite ese pequeño yo estaré ahí para ayudarlo—. Mi tía recibió una suma de dinero y un pedazo de papel con una dirección y un teléfono que ese paramédico nos había dado. No pude dormir y mi tía tampoco, ella ya era grande de edad, pero muy cariñosa conmigo; todos le decían Julieta, pero yo, Leta.

Aquella noche fue eterna y para mi tía también, no logramos dormir y tuvieron que aislarnos los investigadores para hacer el operativo y limpiar la escena del crimen.

Capítulo 2

Mi nueva vida

Días después Leta tomó mi custodia y aquel paramédico se convirtió en mi tutor, siempre procuraba ir a la casa, jugar conmigo y darme consejos, todo con el propósito de que olvidara aquella noche. Mi felicidad ya no fue la misma, pero ahora tenía un techo y una familia gracias a la solidaridad de aquel paramédico. Su nombre fue Natán Hernández. Mi tía nunca se casó, pero Natán siempre fue respetuoso, con ella y conmigo, yo le agradaba a Natán y él a mí, aunque mi tía se extrañaba por Natán.

Cuando crecí y tenía la edad para ir a la primaria, Leta me dijo que cuando aprendiese a leer y creciera un poco más me daría una carta. Finalmente aunque con algo de dificultades, pues era un niño de lento aprendizaje, aprendí a leer; los maestros no desesperaron y siempre fueron tolerantes, pues cada uno tenía una rapidez distinta para aprender. Al inicio del sobre de la carta que alcancé a ver de reojo decía: “De Askura para mi pequeñito Eladio”, ¡era una carta de mi madre! Le pregunté a mi tía cuándo la había escrito y ella respondió que fue días antes de mi cumpleaños, sin embargo mi tía me dijo que cuando creciera y entendiera más cosas la podría leer.

Capítulo 3

Recuerdos de la infancia

Un día cuando regresaba de sexto de primaria Natán fue por mí, aunque la mayoría de las veces era Leta, y me llevó a la casa, se quedó y cuando me leía una historia, al terminarla, yo le pregunté: —¿Natán, por qué me quieres, si no me conocías, por qué nos ayudaste?—. Natán se quedó pensativo, él sabía que algún día le preguntaría el porqué, respiró profundo y entonces me dijo: —Pues al verte de ese modo recordé una vez: de joven me prometí que las injusticias causadas a un niño durante mi carrera y que lo desampararan yo estaría ahí para ayudarlo y le haría conocer las garantías que tuviese mediante el juego cuando estuviese pequeño para que nunca abusaran de él, pues tú me recuerdas a un amigo que tuve a tu edad, lo abandonaron sus padres y vivía en un orfanato, él me decía que a pesar de tener un hogar existían muchos abusos porque no había derechos para su edad, sólo para la gente mayor, entonces yo me prometí ayudarlo hasta que un día él cometió un acto desesperado y terminó con su vida, por eso me prometí ayudarte para que tuvieses un hogar, una familia, una

educación y por supuesto *una vida*—. Fascinado por la respuesta abracé a Natán y le dije: —Gracias por todo.

Capítulo 4

Un día extraño

Fue el día que entré a la secundaria cuando veía a mi tía muy tensa y preocupada, pero no me decía por qué estaba así pues me quedaría inquieto y era algo nuevo para mí la secundaria.

Regresé a casa y encontré a Natán, me dijo que mi tía se había ido al velorio de un familiar y que regresaría pronto, comencé a platicar con Natán de mi primer día, él alegre me daba ánimos y cuando mi tía regresó me iba a decir algo cuando le dije que Natán estaba aquí, se quedó sorprendida y se fue a su cuarto, ya no me dijo “aquella cosa” y yo seguí platicando con Natán.

Hasta que se fue, mi tía me preguntó si era un amigo nuevo con el que platicaba, pero yo le respondí que era Natán, el paramédico, ella me sonrió, comprendió mi inocencia y se fue a dormir.

Capítulo 5

La carta de mamá

Fue cuando estaba en preparatoria que mi tía me dijo lo preparado que estaba para leer la carta, me la entregó y yo la tomé, todavía olía al perfume característico de mi madre, comencé a leerla:

Querido hijo, si lees esto, de seguro ya has crecido y te estás formando, yo le dije a Julieta que cuando estuvieras listo te podría dar esta carta pues te explicaré lo que deseo de ti. Ya estaba prevenida por la calamidad que ocurrió, tu padre tenía una deuda pues estaba con un grupo de

activistas sociales llamados "Cambio Enigmático", sin embargo resultó que en realidad era una asociación de delincuentes que buscaban un gobierno profético, donde en nombre de su religión se lograra la paz en el mundo pese a cualquier costo. Tu padre fue entrometido en el asunto pues era un vivaz empresario y estratega, pero no sabía su propósito, procuró mientras estuvo con ellos no darse a conocer más allá de lo profesional, pero un día nos colocaron rastreadores en el pelo mientras dormíamos, pues no teníamos todavía casa, para evitar cualquier movimiento sucio, tu padre se enteró de lo sucedido y de sus verdaderas intenciones por lo que el dinero destinado a enfrentamientos armados lo ocultó, ellos lo amenazaron para que les dijera en dónde se encontraba el dinero, trató de convencerlos de que la mejor solución es considerar a los demás y hacerlo mediante un partido, pues eran mayoría, sólo que en vez de su religión tomaran los principios y los acataran a las leyes, así no tendrían por qué matar y su partido podría ganar y cumplir sus propósitos. Ellos no aceptaron pues deseaban un cambio radical y no mediante largos periodos de tiempo, así que le mandaron amenazas de muerte para que entregase el dinero, él logró quitar los rastreadores, pero de alguna forma sabían nuestra localización y de nuestros familiares cercanos, por lo que esa noche sucedió.

Hijo, yo no espero que tomes medidas y decidas vengarte de ellos pues sus fundamentos son válidos, sólo que su interpretación se ha ido por mal camino y no deseo que te pongas en peligro, pero sí, sea lo que sea que estudies, no permitas que buenas ideas tomen este camino y generen violencia. Mi última petición será ésa.

Perdóname por haberte abandonado tan pequeño de edad, espero entiendas que fue la mejor decisión que pudimos haber tomado.

Mi querido hijo, donde quiera que esté, te quiero mucho, hasta siempre, mi querido Eladio.

Atentamente: Askura

Mis ojos rodaron de lágrimas pues las palabras de mi madre resonaban en mi cabeza y comprendí que fue la mejor opción. Poco a poco me endurecía internamente.

Capítulo 6

El inicio de la última petición

Mi tía me apoyó en mis estudios de preparatoria y decidí dedicarme primero a la ciencia. Gracias a la ayuda de Natán, me especialicé en astrofísica y después en otra rama: la abogacía. Al tener mi futuro asegurado compré mi casa y ya pude sostenerme económicamente, procuraba visitar a menudo a mi tía y apoyarla en lo que se le ofreciera.

Fue entonces cuando comencé a reunir colegas que había conocido en la universidad y decidimos con base en igualdad y pluralidad formar una asociación. Nuestros propósitos serían: orden social, evitar la desigualdad, considerar nuevas ideas, guiarlas por buen camino y evitar malas interpretaciones de la justicia. Tuvimos un comienzo pobre, pero poco a poco gente de otros estados comenzaron a simpatizar con nosotros.

Capítulo 7

La muerte de mi gran amigo

Fue ese día cuando trabajé cuando escuché esa noticia que aunque en la lejanía me “familiarizaba”, no logra-



ba comprender todavía. Había muerto mi gran amigo Natán en un accidente, por razones que no comprendo el día anterior lo había visto, pero no lo saludó mi tía, lo que me pareció confuso, sin embargo, bien recuerdo que me dijo que cumpliera con mi meta y que si fuera posible también incluyera la suya, no permitir que huérfanos y niños maltratados sean encerrados y mejor adaptar centros según sus capacidades. A Natán lo vi pálido, pero eso no permitió que lo siguiese escuchando, al terminar le ofrecí algo de tomar pues pensaba que eran los desvelos, pero no quiso. Cuando él se fue esa noche noté un vacío interior, lo ignoré.

Ahora sabía el porqué: mi gran amigo, que me apoyó desde la infancia, había muerto. Fui en seguida con mi tía a contarle la noticia, ella se extrañó de lo que le decía y de la visita que me había hecho un día antes Natán, pero en parte se alegró, aunque no sé el porqué. Mi ensueño ahora se había fragmentado, logré superar la pérdida de mi amigo de la infancia, sentía dolor sólo que lo soportaba, comprendí que las personas mientras más sufren sus corazones se adaptan y se vuelven *duros*, no siendo fácil doblegarlos.

Capítulo 8

El día de la visión

Nuestra propuesta logró llegar al Instituto Federal Electoral, pero nos faltaba una cosa, nuestro proyecto político, pues teníamos planeado formar un partido, al ser demasiados los simpatizantes. Regresé a mi casa y fue entonces cuando volví a ver esa camioneta negra y aquel símbolo del ojo llorando, entraban a una casa, mi furia se llenaba por la necesidad de venganza por lo que le hicieron a mis padres, pero recordé las palabras de mi madre y me tranquilicé, solamente aproveché el momento y coloqué un rastreador especial que usaba para localizar algunas estrellas y regresé a mi hogar.

El rastreador funcionaba, planeaba seguir adelante y localizar a los “malos de ojo” y darles su merecido, logré identificar su guarida que se encontraba en las cercanías de la casa de mi tía, eso me alarmó y de inmediato fui con mi tía a comentarle lo que pasaba.

Al llegar noté la puerta abierta, pensaba que mi tía se había olvidado de cerrarla (pues a veces lo hacía), no se encontraba nadie, busqué a mi tía por todos lados. De pronto sentí que alguien me agarró por detrás, su mano me resultó conocida, por un momento vi la silueta de mi madre, quien me tomó y me ocultó, pero después volví a voltear y desapareció aquella silueta, sospechaba que estaba alucinando, pero en ese momento los “malos de ojo” aparecieron con el cuerpo de mi tía, no sé lo que hubiese pasado si me hubieran visto, de inmediato supe que a Leta ¡la planeaban secuestrar! Entonces usé lo aprendido en mis años de estudio y rápidamente hice una pequeña distracción, aproveché la baja luz, con mi puntero láser que acostumbraba y un cristal que usaba para diversas situaciones, dividí los rayos del puntero para que parecieran los de la policía cuando le apunta a alguien, coloqué luces azules y rojas (las usaba para efectos ópticos) en mi camioneta, como si fuese un asalto policial, de inmediato los ladrones atolondrados se ocultaron y huyeron a su guarida. Mi tía se encontraba inconsciente, la tomé y la llevé al hospital, había solamente sufrido un *shock*, pero se encontraría bien, estaba preocupada por aquellos ladrones, logré tranquilizarla, mis familiares lejanos que casi no veía fueron a



cuidarla por mí pues estaba en mi casa. Les dije que los ladrones no estaban muy lejos, sólo que teníamos que esperar pues ahora se encuentran alarmados, recordaba el dicho: “Mejor esperar a que la fogata tenga una flama menos fuerte para poder cocinar en ella”.

Capítulo 9

Interrupción de la última petición

Sabía muy bien que aquellos ladrones la rastrearían, pero si me adelanto y diseño el partido, entonces se enfocarían en mí, por lo tanto interrumpí el proyecto para poder librar a mis familiares de un destino terrible para todos pues ya no se podía dar marcha atrás. Aproveché un día después para ver la casa donde se encontraba la guarida de “los malos de ojo”, logré notar que se estaban armando, tenía uno de ellos en sus manos ¡fotos de mis familiares y la mía!, sin más esperar me retiré de ahí antes de que sospecharan. Avisé lo sucedido y tuve que esconderme con mi familia donde menos pensarían, en un lugar aislado de todo, en alguna sierra alejada de la civilización, fue entonces cuando conocí a mi tercera ilusión. Le pedí asilo a una señora que vivía en una cabaña pues era algo espaciosa, le expliqué mi historia, pero ella me hizo una prueba de honestidad, me puso a trabajar como sembrador de verduras y es aquí cuando mi historia se entrelaza con el presente: mi patrona Gominia me ha puesto a prueba y yo le trabajé, de igual forma mi familia, gustoso, pues nos estaba protegiendo.

Capítulo 10

Demostrando mi promesa

Cuando me encontraba trabajando alguien me saludó. Era una voz femenina diferente a la de mis familiares y

la patrona, era una muchacha, tenía pelo castaño, ojos verdes y físico agradable, aunque la ropa un poco deshilachada, pues demostraba ejercicio constante, yo saludé y ella me sonrió, le pregunté su nombre, pero ella sólo se fue sin decirme nada.

De inmediato fui con la patrona para decirle mi encuentro pues por un momento pensé que era algún espía, ella me dijo que era su nieta, sentí un alivio, y que ni se me ocurriera andarla coqueteando pues tenía ideales diferentes a los míos y no quería exponerla a un peligro donde su vida fuera involucrada. Yo por vez primera contradije a la patrona, y: —No se preocupe, Gominia, porque lo que he aprendido en mi carrera es que “El que es tolerante alcanza”, y en cuanto a lo del peligro, ni loco la involucraría a ella—. Ya no me dijo nada más, pero sonrió pues era una prueba para saber si yo era el adecuado.

Fue esa tarde cuando al seguirla me di cuenta de que tenía un hermanito, pero no tenían padres, vivían en una cabañita lado de la casa de Gominia, ¡eran huérfanos, como yo! Sentía una solidaridad y comparecencia inexplicable, al saludarla de nuevo se mostró un poco tímida, le dije mi nombre, le di la mano, también a su hermanito, le expliqué el porqué me encontraba ahí y mi historia. Ella la escuchó con mucha atención, en partes soltó lágrimas y en otras abrazaba a su hermanito de felicidad, una sensación de ternura me invadía mi ser, le pregunté a qué se dedicaba y ella me dijo que ayudaba a su abuela, quien la cuidó desde pequeña y educó, se llamaba Nora. Yo le prometí apoyarla a ella y a su hermano en cualquier cosa, puesto que les conté de mi promesa.

Capítulo 11

La persecución

Cuando logré ganarme la confianza de Gominia, le dije que yo regresaría a la ciudad pues necesitaba llevar ahora

sí a la justicia a los “malos de ojo”. Cuando me iba, Nora me detuvo y me abrazó, me sentía el hombre más afortunado y el más fuerte, después me dijo: —Eladio, no deseo que te ocurra nada, por favor cuídate y recuerda que yo estaré esperándote aunque eso... me tome por siempre—. Me quedé atónito, comprendí su seguridad en lo que me decía, a lo que respondí: —Te lo prometo, regresaré y si no lo hago al menos me queda en mi ser que te conocí y eso es lo importante—. Nora soltó una lágrima, la abracé como si quisiera darle mis fuerzas, en la lejanía alguien nos observaba, vi una silueta, *mi ilusión volvía a existir*, al volver a voltear no había desaparecido, me retiré antes de que cambiase de opinión, tenía que regresar pues ya tenía otro propósito por delante: el apoyar a Nora.

Nunca olvidé siempre checar en el rastreador en dónde estaba la camioneta y por suerte mía su guarida seguía en el mismo lugar, yo aproveché y por vez primera avisé a las autoridades de su ubicación y de lo que cometían. Al inicio dudaron, pero al mostrarles los hechos y tener en su registro el asesinato de una mujer y un niño huérfano, de inmediato fueron y rastrearon a todos los integrantes. Yo los acompañé pues tenía algo que recuperar, la foto de mi madre y yo, durante la persecución una bala me da en el hombro pues eran hábiles en el manejo de armas, pero yo no me mostré intimidado pues mi coraje y necesidad de justicia eran más grandes que el dolor, sabía lo que estaba haciendo, corregir buenas ideas que las usan para el mal. Finalmente la policía los atrancó, hubo un gran intercambio de tiros, pero por suerte mía fue una batalla limpia, nadie superaba a nadie en número, aproveché para colarme entre los intercambios y tratar de encontrar la foto de mi madre y, de pronto, uno de los hombres me descubrió, me apuntó con el arma, yo ya portaba la foto de mi madre en mis manos, me vio detenidamente, vio la foto, entonces me preguntó: —¿Eres el hijo de esa mujer?—. —Sí, era mi madre y vengo por la foto —le dije con seguridad—. —Pues tú no te llevarás nada—. Y me apuntó con el arma. Entonces comprendí que a veces uno debe quebrantar una promesa para cumplir otra, me levanté con actitud retadora, aquel sujeto estaba listo para dispararme, pero antes le dije: —¿Acaso fuiste tú quien la asesinó?, antes de perecer quiero saber quién me hizo esto—. El sujeto recordó algo, se quedó silencioso y entonces me dijo: —Anda... vete, tú no debes estar aquí, el patrón fue, pero vete antes de que cambie de opinión—. Obedecí de inmediato.

Al terminar el enfrentamiento lograron capturar al líder de la banda, el bandido que me había perdonado la vida después deirme pereció en el enfrentamiento, su rostro notaba una paz increíble, me causó ironía, uno pue-

de hacer muchas acciones malas, pero el hecho de hacer una buena que trascienda puede llevarlo a morir con dignidad.

Fui al cuartel de la policía y pedí hablar con el sujeto que asesinó a mi madre, le decía que sus ideales eran válidos pero su forma de interpretarlos fue lo contrario, le dije que yo era aquel niño en la foto y también le dije las dificultades que me costó el perdonar, pero lo hice, le otorgué el perdón al asesino de mi madre, tenía un sentimiento confuso, era una mezcla de paz y gallardía, pero a la vez rencor, después me sentí despejado.

Él aparentó no escucharme y quiso tomarme de los hombros, pero yo sabía muy bien que lo dicho lo había hecho reflexionar, me soltó y después le di la mano con señal de paz. Él al principio dudó, pero después, con señal de ironía pues sabía que no perdía nada con hacer las paces, me apretó la mano, después me retiré.

Capítulo 12

La promesa cumplida

Finalizamos nuestro proyecto que se enfocaría en un orden mediante la creación de instituciones que protegieran a todos los niños maltratados, y éstas se adaptarían a los niños, no los niños a ellas, una economía basada en comercio con otros países y no solamente los cercanos y el sentimiento nacionalista para el orden social, entre otras características. El IFE aceptó nuestra propuesta pues estaba basada en un orden, la correcta realización de la justicia y el considerar las ideas mal interpretadas e invirtiéndolas para el beneficio social. Nuestro partido se llamó: Partido de Orden Social Pluricultural o POSP.

Capítulo 13

El ensueño del huérfano

Mi promesa se había cumplido, sólo faltaba una cosa por hacer y era regresar con Nora.

Al llegar, vi que mis familiares se alegraban por la noticia, pero algo raro sucedía, me dirigí a la cabaña y noté a mi tía enferma, tenía cáncer, pero nunca dijo. Los doctores le comentaron que ya era muy avanzado y que era sólo cuestión de horas, yo le pregunté desorientado: —¡Leta, por qué no

me dijiste que tenías ese mal, te pudimos haber llevado con el doctor; —Me notaba claramente alterado y entristecido pues sólo le quedaban horas—. Nora me tomó por el hombro y eso me levantó algo el ánimo, mi tía me dijo sus últimas palabras: —Querido Eladio, ahora sólo quiero que tú me cumplas una promesa, quiero que por vez primera vuelvas a sonreír como lo hacías cuando estabas con tu madre y que seas feliz como si ella estuviese contigo, deja atrás ilusiones de la infancia, tú ya puedes llevar las riendas.

Solamente quedó una cosa por hacer y me despedí por siempre de mi ilusión de la infancia, mi querido Natán, que todos esos años me acompañó, pues comprendí que su ilusión me había hecho fuerte y capaz de enfrentar lo que seguía. Le sonreí a mi tía, no lo había hecho desde que vivía mi madre, no del modo en que lo hice, ella cerró los ojos y quedó en un sueño, pero de éste no volvería a despertar.

Epílogo

Eladio pasó sus últimos años siendo un activista social para la seguridad de todos los jóvenes con problemas tanto de adicción como de abandono, creó instituciones que se adaptaron a los jóvenes y no ellos a las instituciones, utilizó los derechos del niño como su arma principal. Contrajo matrimonio con Nora y se cumple su última promesa.

Fin

Misterio en la historia

Natán nunca lo acompañó en su vida pues él murió en el accidente por el cual su tía regresó (capítulo 4), sólo que Eladio siempre tuvo la ilusión de que estaba ahí ayudándolo. Siempre fue su amigo imaginario, la muerte no la supo asimilar Eladio hasta que su tía se lo pidió en su último ensueño cuando volviese a sonreír.



SEGUNDA CATEGORÍA, SEGUNDO LUGAR

¿PENA...?

Tomás Sebastián Gómez Pereyra



Me despierto con los gritos de mamá: —¡Ya son las siete y media!—. Me levanto, me visto y bajo al comedor para desayunar mientras escucho *Grillos madrugadores*, un programa de radio; luego, mi mamá me dice: —Escucha si no sale el saludo que mandé para ti—. Yo le digo que sí, que voy a estar atento. Terminó mi desayuno y me lavo los dientes y la cara para después ponerme mis menjurjes (como les decimos en mi familia a los medicamentos para mi cara).

Salgo de la casa, y mientras mi mamá o mi papá me llevan a la escuela voy platicando con ellos y pensando cómo me va a ir en la escuela. Ya en ella, entro con mucha pena, pues diario me dejan (mi papá o mi mamá) en la puerta. “Qué pena”, pienso. Entro al salón y saludo a todos con unas espectaculares —Buenas noches—. Nadie me hace caso, y yo también lo tomo como algo que no vale la pena pues ya es algo tan cotidiano como: sacar mis libretas, apuntar lo que dicta la maestra, ponerme a jugar, y ella ¡que siempre me llama la atención! Terminó el trabajo... la maestra pone más trabajo... y así durante todo el día.

Al acabar el horario de la escuela todos salimos en bola; unos se quedan besándose, otros se van hacia el Metro, y yo, el único por el que van a recogerlo. Qué pena, ¿no creen?, pero ¿y yo qué puedo hacer?

¿Qué día era aquel? Ah sí, ya lo recuerdo, fue un jueves 16 de febrero, ese día jugaban Barcelona vs. Real Madrid, pero bueno, eso no es lo importante, lo importante es que ese día mi mamá tenía que ir con el abogado y no me podía llevar a la escuela; a mi papá se le había descompuesto el carro y no me pudo llevar (pues es taxista, no fue a trabajar y no se levantó temprano) y mis hermanos, en la escuela (pues ellos entran más temprano que yo); en fin, me dejaron irme solo a la escuela. ¡Qué emoción! ¿No creen? Aquel día era para mí el más especial, llegué a la escuela muy contento y haciendo alboroto, trataba de llamar la atención pues ¡iba solo!, pero casi nadie me hizo caso. Entré al salón





y no sé lo que me pasó que cerré los ojos como por tres segundos, luego los abrí y saludé con mi clásico —Buenas noches—. Después vi el escritorio de la maestra y lo comparé con nuestras bancas, esto me hizo razonar: ¿Por qué la maestra tiene un escritorio grande y cuidado, y nosotros sólo unas bancas de madera rayadas? De inmediato pensé en mi propia hipótesis, que la fui mejorando poco a poco. Ésta decía más o menos así: los maestros tienen un escritorio grande y cuidado para tratar de mostrar superioridad, en cambio, a nosotros nos dan esas bancas todas rayadas para hacer que seamos como son todos los alumnos, pero... ¿Si el alumno llegara a tener un doctorado en una ingeniería? ¿Qué es mejor? Terminada mi hipótesis, me dediqué solamente a pensar por dónde me iba a regresar, porque también me regresaría solo.

Terminado el horario de clases, salí de la escuela y decidí pasar por el mercado sobre ruedas (que se pone todos los jueves en Poniente 126); ya en él, fui viendo todo lo que había: ropa, discos, fruta, gorditas y cosas para chacharear, pero tan distraído andaba que no sé quién me jaló y me metió en una camioneta. Yo, sin saber qué hacer, empecé a dar patadas a lo loco para liberarme, pero no funcionó. No sé a dónde me llevaron ni vi lo que pasó, pues me vendaron los ojos. Recuerdo que



me dejaron en un callejón, aturdido por el miedo y sus amenazas que no me dejaban en paz, y además me despojaron de todo, hasta de mis ropas. Busqué a unos policías para pedir ayuda, y aunque no lo crean —ja, ja—, tardé más de dos horas en encontrar a unos, que ni siquiera me oyeron, sólo se burlaron de mí y me dijeron que si no salía de ahí me arrestarían por incomodar a los ciudadanos. Salí corriendo y me puse a llorar. Horas después una señora me dio unas monedas, y con ellas realicé una llamada a mi casa, y en ese momento escuché unas voces que decían: —David, no ha llegado la maestra—. Esta voz se repitió muchas veces, hasta que abrí los ojos y ahí estaba yo ¡en la escuela! Frente a mí, el escritorio “grande y cuidado” de la maestra y, al lado... nuestras bancas. Jorge era el que me decía que no había llegado la maestra, que había ido a votar y que podíamos estar en su escritorio; yo le respondí que prefería mi banca rayada, ¿qué tal si lograba mi doctorado? Tú, ¿qué hubieras escogido?

Al terminar las clases, salimos todos los de la escuela, ¡por fin libres!, pero... ¿Queeeé? Vinieron por mí —ja, ja...—. ¿Pena...?





SEGUNDA CATEGORÍA, TERCER LUGAR

EL DILEMA DE LAS MASCOTAS

Iván Maximiliano Anaya





Inés era una niña traviesa que tenía grandes ojos negros y dos trenzas que al final del día siempre terminaban enmarañadas. Vivía feliz con sus papás y dos hermanos más pequeños que ella (con los que siempre estaba peleando, por cierto), en una casa pequeña y acogedora en un pequeño pueblito llamado Santa María de la Paz.

Inés estaba muy contenta porque estaba de vacaciones y muy pronto iba a ser su cumpleaños, ya era una niña grande, estaba por cumplir ocho años, y cuando regresara a la escuela después de las vacaciones ya no iba a estar en el patio con los niños pequeños a la hora del recreo, sino que iba a poder estar en el patio con los niños grandes, en donde además iba a poder “hacer las guardias” para mantener el orden usando una banda de color en el brazo, por fin iba a ser importante. Ahora finalmente iba a estar en el salón de la maestra Alejandra, y con un poco de suerte ella sería la encargada de las mascotas que había en ese salón y que eran la envidia de toda la escuela. Las mascotas eran una pareja de cuyos muy inquietos y que habían aprendido muchos trucos, y cada año escolar se escogía sólo a un niño que era el encargado de cuidarlas, alimentarlas y de llevarlas a su casa todos los fines de semana, y ella ¡deseaba tanto ser la nueva encargada de las mascotas, era algo que siempre había querido! De repente recordó su primer día de clases, cuando estaba muy triste llorando en un rincón del patio imaginando todo tipo de terribles torturas que seguramente le iban a aplicar, como esas horribles “tamáticas” de las que siempre hablaba su primo Quique, y fue entonces cuando conoció a la maestra Alejandra, que se acercó a ella con una pequeña jaula cubierta con un trozo de tela de colores muy alegres, y le preguntó por qué lloraba, y cuando ella le dijo que era porque la iban a torturar con las “tamáticas”, la maestra rió mucho y le prometió que todo iba a estar bien, y le explicó que realmente la escuela no era tan mala y para demostrárselo descubrió la pequeña jaula, y entonces



ella pudo ver en el interior a dos pequeñas bolitas de pelo que parecían dormir tranquilamente, y como por arte de magia dejó de pensar en las terribles torturas y en las espantosas “tamáticas”.

Inés no podía dejar de pensar en lo maravilloso que sería cuando ella fuera la encargada de las mascotas, y ya hasta estaba imaginando los letreros que iba a hacer para impedir que sus hermanos menores e “inespertos” entraran a su cuarto cuando ella no estuviera para supervisar que sólo vieran a los pequeños animales desde lejos, donde no pudieran hacerles daño.

Era casi mediodía, cuando escuchó que alguien gritaba su nombre fuera de su ventana, y cuando se asomó, vio a sus dos mejores amigas: Leonor y Brisa, que la estaban invitando a jugar al parque, corrió a pedirle permiso a su mamá y en menos de lo que sus amigas se imaginaban ya estaba junto a ellas, lista y siempre dispuesta para la aventura. Cuando iban de camino al parque, Leonor le contó que ella también estaba muy emocionada por que ya iban a estar con “la gente grande” de la escuela, y que lo que más le ilusionaba era que seguramente ella sería la encargada de las mascotas durante todo el año escolar, ya que su papá era el veterinario del pueblo y que seguramente la maestra Alejandra la iba a escoger a ella. Inés le iba a contestar, cuando de pronto Brisa dijo que eso no tenía nada que ver, y que ella estaba completamente segura de que ella sería la elegida para cuidar a las mascotas porque su casa era la más grande del pueblo, y que sus papás le iban a dejar todo un cuarto para que pudieran estar seguras cuando las llevara a casa los fines de semana, y sus papás seguramente les comprarían todo tipo de cosas para que estuvieran felices y contentas. Inés se puso muy triste, su papá era muy bueno y le gustaban los animales, pero no era veterinario, y su casa no era grande, así que las mascotas tendrían que compartir el cuarto con ella y sus dos hermanitos, de pronto todos sus sueños se vinieron abajo, nunca se había puesto a

pensar que los demás niños también querrían ser los encargados de las mascotas. De pronto ya no tenía ganas de ir al parque con sus amigas y al parecer a ellas también se les habían ido las ganas porque se despidieron de mala gana y cada quien se fue para su casa.

Inés se encontraba realmente preocupada, tenía que encontrar la forma de que fuera ella la elegida para ser la encargada de las mascotas, sin importar lo que tuviera que hacer para lograr su propósito. Llegó tan triste y cabizbaja a su casa, que su mamá se preocupó y de inmediato le preguntó la razón de su repentino cambio de humor, aunque Inés prefirió no contarle nada para no hacerla sentir mal por no tener una casa enorme o no ser veterinarios, o al menos fue lo que Inés pensó en ese momento que pasaría. Pasaron dos días y el estado de ánimo de Inés no sufrió cambio alguno, ella que siempre estaba jugando y sonriendo, ahora sólo se sentaba frente a la ventana suspirando, ya ni siquiera se peleaba con sus hermanos o mencionaba su fiesta de cumpleaños, así que sus padres decidieron mandarla con su tía, para ver si su prima lograba animarla.

Al principio Inés aún se sentía un poco triste, pero a las pocas horas ya había olvidado casi por completo la discusión que había surgido entre sus amigas, su prima era muy divertida y ocurrente, y su tía las llevaba al parque a jugar por las tardes. Una tarde cuando jugaban en el parque, Inés observó con curiosidad unos enormes carteles con la fotografía de un señor con una amable sonrisa, que invitaban a las personas a votar por él para presidente municipal. Más tarde cuando regresaban a casa de su tía se encontraron con una antigua amiga de ésta, que se ofreció a llevarlas en su auto, y entonces Inés notó que la amiga de su tía llevaba puesto en su blusa un gracioso prendedor con la fotografía de un señor, y en el camino, no dejó de hablar de lo bien preparado que éste estaba para ser presidente municipal, y del montón de cosas buenas que haría por todos. Inés no acababa de entender qué era lo que estaba pasan-



do; pronto llegaron a la casa de su tía y se despidieron de su amiga, no sin antes prometerse mutuamente que se llamarían por teléfono para salir a tomar un café y recordar viejos tiempos. Inés estaba por preguntar a su tía qué era lo que estaba pasando, cuando entraron a la casa y se encontraron con su tío, que llevaba puesta una gorra con el nombre de un señor que ella no conocía escrito en ella, junto con lo que a ella le pareció un dibujo muy raro, y entonces preguntó a sus tíos qué era lo que estaba pasando, ellos le contestaron de manera apresurada, porque tenían boletos para ir al circo ya que ese era el último día que Inés permanecería con ellos y querían que fuera especial, que cada uno de los tres señores que habían llamado su atención quería ser presidente municipal y que estaban tratando de llamar la atención del resto de las personas para que votaran por ellos y así conseguir su objetivo. Esa noche Inés no pudo dormir, por un lado estaba feliz porque iba a ver a su querida familia, los extrañaba mucho, aun cuando realmente se había divertido mucho en la casa de su tía, y por otro lado no dejaba de pensar en la forma en que los señores buscaban que las personas los apoyaran. Cuando finalmente se durmió, lo hizo con una enorme sonrisa en su rostro, pues acababa de tener una maravillosa idea...

Al día siguiente, en cuanto Inés llegó a su casa, le pidió de inmediato una fotografía suya a su mamá, y para su gran desilusión no encontró una sola fotografía que le gustara, en una estaba "chimuela", en otra estaba tan despeinada que parecía un mechudo, en otra más ni siquiera se veía su cara, ya que estaba comiendo un enorme algodón de azúcar, en fin, no pudo encontrar una sola fotografía decente, y como no quería perder tiempo, porque sólo faltaban tres días para regresar de nuevo a la escuela, decidió pedir la ayuda de sus hermanitos para hacer hermosos carteles que pegaría en el parque, para que todos los niños que fueran a jugar se enteraran de que ella quería ser la nueva encargada de

las mascotas del salón y decidieran apoyarla, incluso con un poco de suerte hasta la maestra Alejandra pasaría por el parque y de esa forma se enteraría de que ella era la mejor para cuidar a las mascotas. Cuando terminaron los carteles, Inés se decepcionó un poco, porque sus hermanitos intentaron dibujarla y el resultado se parecía más a un caballo que a ella, pero bueno, eso tendría que ser suficiente; de todos modos, a nadie se le había ocurrido una idea tan genial, así que pidió permiso a su mamá para ir a colocar los carteles al parque, y salió corriendo de su casa. Inés se encontraba tan orgullosa por haber tenido una idea tan buena que por la tarde le pidió a su mamá que la acompañara al parque a dar un pequeño paseo para poder ver cómo funcionaban sus carteles. ¡Qué sorpresa tan desagradable se llevó la pobre Inés!, justo al lado de cada uno de sus improvisados carteles se encontraban unos hermosos carteles de Brisa, con una fotografía que la hacía parecer estrella de cine y que anunciaban su interés por ser la encargada de las mascotas. Inés no iba a darse por vencida tan fácilmente, así que pasó toda la noche pensando qué podría hacer el día siguiente para competir con los carteles de Brisa.

Al día siguiente, Inés se levantó muy temprano y rompió su alcancía, y con el dinero que tenía ahorrado para comprar una mochila nueva salió a comprar hojas y listones de colores, plumones y seguros, con los que se puso de inmediato a hacer graciosos prendedores con su nombre. Su plan era repartirlos entre los niños que encontrara en el parque, mientras les decía que ella quería ser la nueva encargada de las mascotas. Seguramente esta vez Brisa no podría hacer nada, ya que le tocaba visitar a sus abuelos, ¡su plan era perfecto! Todo marchaba de maravilla, Inés ya casi terminaba de repartir sus prendedores, cuando notó que Leonor estaba repartiendo pulseras, en compañía de su papá, ofreciendo además descuentos en las consultas de las mascotas de todos los niños en el parque, ¡una vez más los planes de Inés fallaban!

Inés llegó a su casa triste y pensando que sólo tenía un día para lograr que los niños de la escuela la apoyaran, sin embargo, no estaba dispuesta a darse por vencida, pero ¿qué podría hacer? Esa noche nuevamente tardó bastante para poder dormir, sin embargo, tuvo una nueva idea, esta vez todo saldría bien.

Al siguiente día, Inés nuevamente se levantó temprano y pidió permiso para llevar su bicicleta al parque, esta vez planeaba pasear en ella a los niños, pero no contaba con que Brisa haría lo mismo, pero usando un par de motos eléctricas, y que Leonor a su vez, decidiera repartir conos con helado. Pobre Inés, ¡ahora sí se sentía perdida!, así que regresó a su casa nuevamente triste y cabizbaja; allí estaba, un día antes de entrar a la escuela, cansada, sin dinero, sin amigas y sin esperanza de ser la nueva encargada de las mascotas. Sin darse cuenta, un par de lágrimas rodó por sus mejillas, rojas por el esfuerzo, había perdido la cuenta de los niños que había paseado. Justo en ese momento iban entrando sus papás, que al verla llorar la abrazaron y tranquilizaron hasta que al fin decidió contarles absolutamente todo por lo que había pasado. Después de escuchar a Inés sus papás le explicaron que todo cuanto había hecho era realmente inútil, ya que demostraba que ella quería ser la encargada de las mascotas, pero no demostraba que ella fuera capaz de hacerse cargo realmente de ellas, ya que jamás había mencionado cómo pretendía cuidarlas ni había demostrado verdadero interés por investigar sus necesidades de espacio, alimentación, ejercicio, las principales enfermedades que los afectan y cómo evitarlas, etcétera. Inés se sintió un poco avergonzada porque comprendió que sus padres tenían razón y que todo el tiempo había pensado en ella, y realmente no había pensado en las necesidades de las pequeñas mascotas. Al día siguiente intentó hablar con sus amigas, pero no le hicieron caso, estaban demasiado ocupadas discutiendo quién de ellas era la mejor para encargarse de las mascotas. Cuando la maestra Alejandra entró al

salón de clases ambas se acercaron a ella para intentar que se decidiera por una, pero como hablaban al mismo tiempo no se les entendía nada, además poco a poco se fueron acercando más alumnos que también querían hacerse cargo de las mascotas, por lo que la maestra les pidió a todos que se sentaran en su lugar y les dijo que no tomaría ninguna decisión sino hasta después del recreo. Cuando el recreo terminó, y antes de que la maestra anunciara quién sería el o la nueva encargada de las mascotas, Inés levantó la mano para pedir la palabra y le propuso a la maestra una lista de acciones que había pensado junto con sus papás, y que en resumen eran:

-  Que todos los alumnos del grupo participaran por igual en el cuidado de las mascotas, de acuerdo con el número de lista.
-  Que se formaran varios equipos y cada uno de ellos investigara sobre todas las necesidades que las mascotas tenían, y que las expusieran al grupo para que todos contaran con la misma información y las pudieran cuidar de manera más adecuada.
-  Cada fin de semana se las podrían llevar alumnos diferentes, y para decidir quién se los podría llevar en vacaciones todos podrían votar por quien consideraran que fuera la mejor opción.

Todos estuvieron de acuerdo con las propuestas de Inés, y a partir de entonces ya nadie pelea por ser el encargado de las mascotas ni por ningún otro privilegio, ya que todo lo deciden de manera ordenada y dando oportunidad a que todos participen.

Inés fue la más feliz de todos, por fin había recuperado a sus amigas, y todo volvió a la tranquilidad, incluso le pidió a la maestra Alejandra que todo lo que los equipos habían investigado sobre las necesidades de las mascotas se lo explicaran también a los más pequeños, para que también se fueran familiarizando con ellas y

aprendieran que no eran juguetes y pudieran contribuir a cuidarlas.

La fiesta de cumpleaños de Inés fue todo un éxito, todos se divertieron mucho y como había demostrado ser muy responsable, sus papás le regalaron...

FIN





TERCERA CATEGORÍA, PRIMER LUGAR

NORMAL, COMO TODOS LOS DEMÁS DÍAS

Abraham Cerón Miranda



H

a comenzado otro día de mi vida, el reloj suena, de inmediato lo apago y tomo los típicos cinco minutos más. Cuando volteo a ver, esos cinco minutos se han convertido en quince, y por esos diez minutos de más me encuentro en una carrera entre llegar y no llegar a la primera clase. Me dirijo rápidamente hacia la escuela; camino con toda velocidad hacia la parada del camión, desafiando a los conductores que manejan rápidamente sus respectivos automóviles ya que para ellos no existen los peatones.

Después de toda esa travesía para cruzar la avenida, logro subir al camión, mejor conocido por los conductores como "unidad". Dicha unidad está repleta de gente, pareciera que si metiéramos tan sólo un alfiler, todos moriríamos asfixiados. Parece brujería, he logrado subir, técnicamente no he entrado ya que me encuentro en el primer estribo, desafiando las reglas de tránsito, pero no me queda otra alternativa ya que podrían pasar horas y aun así los camiones seguirían llenos.

Desafiando las leyes de la física me dirijo hacia la escuela con toda lentitud ya que el conductor pretende subir a más personas al transporte con un límite de cuarenta pasajeros.

Finalmente estoy a mitad del camino, el conductor comienza a manejar de una manera tan rápida que siento que estoy en una carrera de Nascar, ya que quiere llegar lo más pronto posible a la base para recoger más pasaje.

Estoy a escasos metros de la escuela, bajo de la unidad y de esa manera ha terminado la travesía de todos los días para llegar a la escuela. Debo sentirme afortunado, ya que algunos de mis compañeros vienen de un municipio cercano a la Ciudad de México y hacen hora y media de trayecto, yo tan sólo media hora.

Mi primera clase del día está próxima a comenzar, así que voy con toda rapidez hacia mi salón asignado para la clase de literatura. Para variar he encontrado un letrero en la puerta del aula que dice que la maestra no

se podrá presentar el día de hoy y una frase que yo considero como un insulto que dice: “Mil disculpas, chicos. Atte.: La profesora Gaviota”. El motivo de mi molestia fue debido a que toda la última semana estuve haciendo un trabajo denominado “Glosario de La Iliada”.

Después de todo, eso no ha resultado tan malo, ya que, en ese tiempo podré salir y comprar algo de comer.

Mi fabuloso desayuno del día de hoy es un sándwich congelado de un minisúper sabor plástico y una botella de agua. “Una comida balanceada y nutritiva sin duda”.

En el momento de entrar a mi pequeña escuela color azul con blanco veo a unas de las personas más ruines de la entrada, “las vigilantes”. Son unas personas muy peculiares. Su trabajo consiste en vigilar que nadie ajeno a la institución ingrese, sin embargo, la mayoría de los estudiantes sabemos que tienen un itinerario muy diferente al que en realidad fue inventado para su puesto.

Su día comienza muy temprano, aproximadamente a las 6:45 en que comienzan a llegar los alumnos a la escuela. Su primera tarea importantísima y vital para nuestra formación integral consiste en desayunar. Lo que más me llama la atención es su desayuno, que consiste en un café y un bizcocho. Eso parece ser normal, pero lo más impactante es que lo hacen mientras todos llegamos corriendo a nuestra primera clase, programada a las 7:00 a. m. Todos los que llegan, entran, no importando si portan consigo una credencial que los acredite como estudiantes.

Aproximadamente a las 9:00 a. m., ya que todos los estudiantes están en clase, cumplen con su segunda función: comer un pequeño aperitivo que consiste desde una torta de tamal hasta una nutritiva gordita de chicharrón. Todos entramos y salimos en el momento que deseamos, algunos para imprimir alguna tarea que terminamos justo esa mañana, a comprar algo de comer e incluso a comprar algún material que olvidamos en casa.

Y como es de esperarse, todo el mundo entra como si se encontrara en una iglesia.

Son las 11:00 a. m. Todos estamos hambrientos y morimos de hambre, ése es el momento de que las “chicas de la entrada” lean. Su literatura digna de un Nobel es lo que más me impresiona. En realidad no se trata de libros o revistas de divulgación científica, incluso no son revistas con notas de la farándula, son los catálogos, en los que podemos encontrar gran variedad de productos, como lo son recipientes para la comida, abrigos, lencería, zapatos, juguetes, etc. He llegado a la conclusión de que el momento de hojear esos pequeños folletos con productos es de vital importancia en cualquier centro de trabajo, ya que desde la primaria he visto que lo hacen, no todos, pero sí la mayoría.

Son las 13:40 p. m., ya casi es hora de que salgan de su turno. Es el comienzo de la diversión para ellas, ya que es el momento del día en que se ponen “estrictas” y quieren ver a todos portando una credencial, también platican acerca de una frivolidad, pero están sumamente atentas a los que entran. No sé en qué se fijan, qué les llama la atención, pero a la persona que menos piensas que lo harán le dicen:

—¡Joven! Tu credencial.

Él prosigue a sacar su credencial; mientras tanto las damas hacen una cara como si algo oliera muy mal justo donde están paradas.

—¡Aquí esta mi credencial!

En esos dos minutos que han pasado han dejado de poner atención a la puerta y han entrado aproximadamente diez jóvenes que no portaban la credencial.

Sumamente eficaz su método, digno de un premio, es más, personas como ésas deberían de estar en las instituciones de seguridad del país. Así cuando estén revisando a una persona en la entrada del Metro, que no porte drogas o armas, veinte ya habrán pasado con dichos artículos prohibidos.

Continuando con las “señoritas”, en caso de que estén de mal humor dicen:

—¡Su credencial o lo llevo al jurídico!



O existen otras frases como:

—...o lo llevo con mi jefe.

Entre muchas otras.

Si no llevas tu credencial porque la olvidaste en casa debes de hacer lo siguiente: poner tu mejor cara, hablar en un tono que parezca dulce e inocente y decir:

—Hola, buenos días, disculpe, es que me robaron mi cartera, pero ya traigo el dinero para la reposición.

Unas estarán distraídas, y alguna te dirá:

—¡Pásale!

Mi día continúa con normalidad hasta que llega la clase de biología.

Todos nos sentamos y la profesora comienza a hablar y hablar, algunos fingen escucharla y poner atención, otros miran a su cuaderno y escriben garabatos o incluso dibujan, otros simplemente se recuestan sobre su pupitre, pero ninguno entendió nada.

Todos se integran a la clase cuando dice:

—Todos deben de participar en el Interprepas.
¡Todos!

En la cabeza de todos mis compañeros pasa la siguiente idea: “¿No se supone que eso es voluntario? ¡No es obligatorio! ¿Qué eso no va en contra de las reglas del concurso? Podemos ir a denunciarla, mejor no, de todos modos no nos harán caso”.

La clase de historia comienza con su típico saludo ya muy escuchado durante este ciclo escolar. Nos dice:

—¡Buenas tardes, chicos!

Algunos voltean a ver, otros simplemente interrumpen su chismorreando y se dirigen a sus pupitres.

Nos informa de una manera amable que va a pasar lista. Todos se preguntan: “¿Lista? ¿No que no pasa lista?”, así que, todos recuerdan a alguno de sus amigos que prefirieron no entrar debido a que la académica exaltó su rechazo hacia esas prácticas educativas y nos informó que no lo haría.

Así que comienza hasta llegar a la “c”, es cuando me pongo atento y escucho:

—Campos.

—Carrasco.

—Castellanos.

—Cervantes.

Así que digo la típica frase usada y digo:

—Presente.

Es en ese momento en el que me hago un cuestionamiento que me he hecho durante los últimos dos años: ¿acaso no soy más que un apellido, un número de cuenta, CURP, e incluso estadística? ¿No se supone que están tratando con personas?

Decido olvidar el tema ya que, como siempre, no llegaré a ninguna conclusión y continuará la incógnita en mis subconsciente hasta que a alguno de los profesores se le ocurra pasar lista de nuevo.

El camino de regreso a mi casa es largo y tedioso, el calor es intenso, me encuentro de pie sujeto de un tubo que hace que no me caiga, voy entre dos personas, simplemente las evito ya que es probable que se encuentren como las demás, o sea, de mal humor. Algunas quizás sólo por la temperatura tan agobiante; otras quizás porque tienen tres o cuatro personas sobre ellas; quizás estén hambrientas debido a que no pudieron desayunar por que eligieron guardar ese dinero que gastarían en su alimentación para que sus hijos tuvieran una comida más o menos digna; a las personas que no les pinte tan bien la vida, como a ellas que sólo se preocupan por frivolidades, tengan cara de preocupación; quizá el dinero que recibieron hoy no sea suficiente para cubrir el pago de la infinidad de cuentas: agua, luz, teléfono e infinidad de conceptos. Quizás no tengan dinero para cubrir la colegiatura de su hijo que estudia derecho en una universidad privada, que lo hace debido a que no pudo ingresar a una pública por su cupo tan limitado, tal vez no alcance para comprar carne y tendrán que comer frijoles de nuevo por tercera vez en la semana o, en el peor de los casos, quizás acaba de ser despedido después de entregarle su vida durante quince años a



una empresa, que tuvo que tomar esas medidas simplemente porque perdió la solvencia y tendrán que cerrar y el dinero del activo que quedaba será usado para pagar las deudas e incluso malbaratar el edificio e incluso el terreno donde laboraban día tras día.

De pensarlo me dan escalofríos, me doy cuenta de que mis problemas son insignificantes, que no poder ir al cine con mis amigos el día del estreno no es un problema, que no sucederá nada si no uso ropa de moda y marca de diseñador italiano, que la computadora nueva que me prometió mi madre tendrá que esperar un poco más ya que la vieja está descompuesta víctima de una descarga eléctrica por el estado de las redes eléctricas.

Volteo hacia la ventana, lo que veo es un basurero. No creía que ya fuera tiempo, sí, tiempo de las campañas políticas, veo todos los postes repletos de propaganda política hecha de polietileno que, por cierto, tardan ciento cincuenta años en degradarse.

Dicha propaganda tiene colores chillones y muy llamativos, que todos conocemos prácticamente desde la clase de civismo de la primaria. En esas pancartas aparece un logotipo que incluso nos podría parecer molesto. Pero lo peor del asunto es que se encuentran fotografías de personas que “nos representan”, que ni siquiera conocía de su existencia; si no conocía al jefe de manzana, mucho menos a ellos. Aparecen leyendas que dicen: “Vota por...”, el nombre sale sobrando, acompañado de: “para... (diputado local, jefe de gobierno, etc.)”. Tratan de dar su mejor cara y convencer de que son personas de confianza para regir, pero simplemente no me convencen.

Finalmente desciendo del transporte o más típicamente llamado “pesero”. Llego a mi casa y lo primero que realizo es encender la televisión, simplemente para distraerme un rato para comenzar a hacer la tarea. Es entonces cuando me percaté de que todos los canales están plagados de publicidad política, quizás no había visto esto ya que la mayoría de las veces caigo dormido al momento de encender el televisor.

Me llama la atención la calidad de algunos de esos *spots* ya que algunos tienen la calidad de una superproducción de Hollywood, pero hay otros que parecen editados en un editor de video gratuito descargado de Internet.

Todos hablan de lo que hicieron al asumir un puesto público, algunos prometen cosas e incluso te ofrecen su mano. De inmediato pienso que no me sorprendería que alguna persona que escuchara tal frase como esa respondiera con un —Yo para que quiero su mano, lo que quiero que me ofrezca es seguridad, educación, etc.—. Algunos pueden llegar a ser incluso cómicos ya que parece que no se toman con ninguna seriedad el hecho de que se encuentren inmersos en una contienda electoral. De nuevo ninguno de esos candidatos me convence y digo la frase:

—Lo bueno es que yo no puedo votar aún pero dentro de unos años... siento tan sólo escalofríos de pensar en el futuro.

Apago ese aparato y me dirijo hacia la cocina para comer.

El platillo de hoy es huevo con frijoles.

Al terminar de esa necesidad básica llamada alimentación que cada vez se le hace más difícil a la mayoría de los ciudadanos cumplirla.

Al terminar de lavar los trastes utilizados, con esa agua de un color un poco extraño que podría jurar que no es potable, tomo la llaves de todas las cerraduras que tengo que abrir y cerrar diariamente ya que no basta una sola cerradura ante el temor de mi madre de que algún “amante de lo ajeno” robe alguna de las pocas pertenencias que tenemos en casa. ¿A quién le podría interesar alguna de las pocas pertenencias viejas y discontinuadas que se encuentran en mi acogedor y pequeño hogar, de muy pocos metros cuadrados para ser cierto, al que llamamos departamento aunque mi abuela materna lo ha llamado palomar, en el que vivimos mi madre y yo? Puede sonar razonable el tamaño



con la cantidad de personas que lo habita, sin embargo, podrá sonar a toda una mala broma cuando es habitado por cinco personas, como mis vecinos. Con su familia conformada por padre, madre, dos hijos y una hija, con dos recámaras, un baño con tamaño de medio baño, área de lavado en la que cabe un lavadero y si tienes suerte una lavadora de segunda mano, en la que podría jurar que tus prendas tardarían tres días en medio secarse para después doblarlas y guardarlas en su cajón correspondiente, que tiene ese olor que tienen las cosas que no se secan, pero que debes de guardar.

Llego al café Internet más cercano a mi casa, esquivando autos y cruzando las calles muy deprisa ya que hace falta un semáforo en esa calle tan transitada, pero olvidada por las autoridades.

Abro mi bandeja de entrada de correo electrónico, me percató de que hay gran cantidad de “spam” o correos no deseados, eso me parece muy peculiar así que decido ver qué clase de información se encuentra en tales correos. Al verlo veo y me percató de que todos o por lo menos la gran mayoría son de partidos políticos y sus candidatos, que piden el voto por ellos. Surge en mí una gran molestia ya que, como ya lo había dicho, yo ni siquiera puedo votar, aunque viene a mi cabeza la frase “Los muertos no pueden votar” o por lo menos es así ya que hace seis años cuando acompañé a mi madre a las casillas a ejercer su derecho al voto, que fue ganado para las mujeres en el año de 1953 con la reforma constitucional del artículo 34, digo esto ya que al momento de buscar su nombre en uno de esos libros gigantes que llaman padrón electoral aún aparecía su hermana fallecida hace quince años, así que pensé que gran cantidad de personas finadas aún se encuentran en él.

Después de recordar ese momento de mi bella infancia en el que mi profesora me decía, cada vez que no ponía atención en clase, la frase “Deja de pensar en los molinos de viento”, y que en ese momento no comprendía y no fue sino hasta segundo de secunda-

ria cuando tuve que leer *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, fue ahí cuando le tomé sentido al leer sus batallas con esos molinos de viento que todos recordamos.

Al momento de entrar a la preparatoria finalmente encontré todas las referencias culturales de mi nombre ya que Dalí era puesto en honor al pintor español Salvador Dalí; mi padre y esa fascinación por ese nombre, por cierto que no lo he visto en los últimos meses, de todos modos no me interesa donde esté. Y mis apellidos Cervantes y Fuentes, que de inmediato y por alguna extraña razón todos recuerdan de inmediato a Carlos Fuentes.

De regreso a mi adorable hogar vi a una vecina que fue nombrada como Doña Chelito por todos los vecinos del edificio y de los condominios aledaños, vi en su cara una particular molestia así que proseguí a saludarla y le pregunté el motivo de su molestia, ella respondió de la siguiente manera:

—¡Ay, hijo! ¿Te acuerdas de los frijoles de la otra vez? Pues qué crees, estaban igual o peor de viejos que yo. ¡Tardaron tres horas y media en cocinarse!

En ese momento quise saber acerca de qué frijoles se estaba refiriendo; fue cuando recordé que justo la semana pasada ella había asistido a un mitin de un candidato a la jefatura de gobierno, del que regresó con algunos “regalos” que consistían en su típica despensa y la novedad, una sombrilla para evitar los rayos ultravioleta.

Ya dentro de mi casa, en el momento de resolver unos problemas de matemáticas, como de costumbre me puse a pensar en otra cosa diferente y en esta ocasión fue la molestia de la vecina antes mencionada. En mi cabeza aparecieron las ideas; pero si ella estaba tan feliz y optimista ya que ese candidato prometió que, por fin, pondrían el semáforo tan esperado por parte de toda la comunidad desde hace tantas campañas electorales pasadas.



En ese momento sonó el teléfono de mi casa, era mi amigo de la secundaria, Rodrigo; tenía demasiado tiempo que no hablaba con él, ni siquiera había sabido de él desde hace ya muchos meses, sentí gran sorpresa y a la vez alegría ya que era mi mejor amigo, con el cual había pasado gran cantidad de cosas; algunas buenas, otras malas, sin embargo, nos acompañábamos uno al otro.

En su llamada me informó que ya no vivía con sus padres, ahora vive con sus tíos ya que su padre, un típico “macho” de ideas del siglo pasado, lo corrió de su casa debido a su homosexualidad. Al enterarme de eso sentí una gran tristeza, no supe qué decirle; simplemente no me sentía apto para hacerlo.

Su madre murió en trabajo de parto. Su padre siempre lo culpó de esto.

Era por eso que no sabía nada de él, por lo menos sabía que se encontraba bien.

Llegó la hora de dormir, mi cabeza tocó la almohada y de inmediato quedé dormido.

En esta ocasión tuve un sueño un poco fuera de lo normal, tal vez fue por todas las cuestiones electorales que habían estado en mis pensamientos el presente día.

Me encontraba en un lugar no muy diferente a mi vecindario, sin embargo, en esta ocasión todo estaba en tonos morados. Los edificios que son color ladrillo rojo esta vez eran de la misma forma, la única cosa distinta es que en esta ocasión los ladrillos se tornaban morados, las ventanas eran del mismo color, sin embargo, se podía ver a través de ellos, los autos, los anuncios, todo era de ese color.

Caminé por la acera en ese peculiar sitio que, por cierto, era bastante frío, hasta llegar al parque en forma circular más cercano a mi casa. Vi unas cajas sobre unas grandes mesas con personas sentadas en unas sillas, decidí acercarme, así que me di cuenta de que se trataba de las elecciones locales de mi comunidad, pero no había papeles dentro de las urnas, no había nadie que esperara para votar. Eran las elecciones más deso-

ladas que hubiera visto, y eso que en el pasado había observado muy poca participación, a pesar de que la comunidad donde vivo está repleta de ciudadanos con el derecho al voto.

Al momento de despertar aún recordaba ese sueño y me preguntaba la razón de la ausencia de participación en dicha contienda electoral, probablemente la ciudadanía había perdido las esperanzas, las ganas de sufragar, quizás todos habían confirmado una frase muy famosa: "Todos los políticos son iguales". De inmediato pensé: "Eso sería muy triste, la democracia llegó gracias a luchas sociales y ahora nadie ejercería aquello por lo que tanto se luchó".





TERCERA CATEGORÍA, SEGUNDO LUGAR

SECRETOS A VOCES

María Alejandra Castillo Martínez



Prólogo



o sé exactamente cómo comenzó, fue tan rápido y tan lento a la vez que no me di cuenta. Ya no importa, después de todo está a punto de acabar. Es una bonita noche: la luna llena lo ilumina todo y la fresca brisa golpea contra mi rostro. Elegí el edificio porque me pareció lindo, aunque reamente no sé dónde estoy. Son como veintiséis pisos, según el elevador. Miro a mi alrededor. Ya sé que no hay nadie en la azotea, es casi media noche, pero tenía que corroborarlo. Tomo aire y trepo un pie a la barda de cemento, siento vértigo al mirar abajo. Tomo valor y subo el otro con cuidado. No puedo caer antes de tiempo, hoy que todo acaba debe ser perfecto. Miro mi reloj de pulsera, 11:59:31, todavía falta. 11:59:53, comienza la cuenta regresiva: 7... 6... 5... 4... 3... 2... 1... doy un paso al frente, el momento ha llegado...

Miércoles 3 de marzo de 2010

—Dana, hija, se te hace tarde para la escuela.

—Ya voy, mami.

Tomé mi sudadera, me colgué la mochila al hombro y bajé corriendo las escaleras.

—Buenos días, mami. —Le di un beso en la mejilla.—
¿Me preparas unos huevos estrellados?

—Mejor te caliento algo del picadillo que sobró ayer.

—Bien.

Dejé la mochila en una silla y me senté en la barra.

—¿A qué hora regresas? —pregunté, haciendo bolita una servilleta entre mis dedos.

—Como a las doce, te quiero dormida a esa hora.

—Dejó mi desayuno frente a mí.— Me voy en diez minutos, si estás lista a esa hora, te paso a dejar.

—Ya me apuro.

Comí tan rápido como pude y me cepillé los dientes.

—¡Ya me voy, hija! —escuché a mi mamá en la entrada.

—Espera. —Me enjuagué la boca, corrí por mi mochila y la alcancé en el auto.

Mamá me dejó frente a la escuela. Sonreí hasta verla desaparecer por la esquina. Después miré la escuela con desgano y me di media vuelta, no tenía ganas de entrar.

Viernes 5 de marzo de 2010

—¿Vienes conmigo, Dan?

—¿A dónde?

—A comer con Sara y las demás.

—No, gracias, aquí estoy bien. Ve tú si quieres.

—¿Segura?, te quedarás sola.

—No te preocupes por mí, estoy bien.

—Bien, adiós.

—Adiós, te veo en clase.

—Claro. ¿Segura que no quieres venir?

—Segura.

Vi a Vanesa alejarse rumbo a aquel grupo de chicas que me parecen tan agradables. Vane ya lleva un rato tratando de hacerme ir a comer con ellas, pero no creo que encaje. Ellas son tan bonitas y yo soy... un caso aparte, de seguro me apartarán rápido.

Miré a la puerta. No quería que el recreo llegara, pero, ¿qué podía hacer? Saqué el dinero de la mochila y salí del salón. El patio estaba atiborrado de alumnos. Si me apresuraba a bajar las escaleras y colarme entre la multitud tal vez podría comprar mi *lunch* y llegar a mi escondite sana y salva. Me acerqué a la barandilla con cuidado y busqué a Fernanda en el patio. Localizada. Se encaminaba al baño de chicas, flanqueada por su séquito de adoradoras. Perfecto. Una vez hubieron entrado todas, corrí escaleras abajo y me acerqué a empujones hasta el frente de la fila de la cooperativa.

—Me da una torta de milanesa —pedí sacudiendo el billete de veinte pesos frente a la señora más cercana. Instantes después sentí cómo el billete se resbalaba entre mis dedos y era remplazado por la torta y ocho pesos más.

Asomé la cabeza sobre la masa de alumnos. Anni iba saliendo del baño con aquel aire distraído y distante. Tenía tiempo, pero no tanto. Corrí tan rápido como mis piernas me lo permitieron, esquivando alumnos y maestros y recibiendo uno que otro recordatorio para mi madre. Y entonces llegué. Era un espacio pequeño debajo de la escalera en donde cabía cómodamente una persona. Sonreí con satisfacción y comencé a engullir mi almuerzo. Ese día lo había logrado.

Sábado 6 de marzo de 2010

—¿Cómo te fue ayer en la escuela, hija?

—Bien, mami.

—¿Cómo sólo “bien”? ¿cuéntame más, ¿con quién comiste?, ¿qué hicieron?, ¿de qué platicaron?, no sé, algo más.

—Pues —me dejé recargar en el respaldo del carro—, comí con Vane...

—Sólo con Vane, ya te dije, hija, intenta hacer más amigos, te hará bien.

—Déjame terminar. También anduvimos con Sara, Jaque y Lupita.

—¿Y de qué platicaron? —preguntó mi mamá insistiendo en guiar por pasos la conversación. Suspiré.

—Am... Pues... Sara y su mamá fueron de compras ayer y... —comencé a platicar lo que Vanesa me había contado ese día de regreso a casa, más un poco de mi propia cosecha. No podía decirle a mi mamá que era una antisocial que comía con nadie más que con Vanesa y que si ella comía con alguien más yo ya no quería y me quedaba sola escondida bajo la escalera todo el recreo.

Mamá estacionó el coche junto a un edificio y bajó del carro.

—Espérame aquí y cuida bien eso —indicó y entró a paso presuroso al edificio.

La vi desaparecer en la entrada y levanté con cuidado la tapa de la cajita que había sostenido entre mis manos

todo el camino. Ahí estaba, el anillo de compromiso que no le había visto puesto a mamá desde que mi padre nos abandonó siete años atrás.

Facebook es el lugar perfecto para localizar casi a quien sea; y, dado que mi padre siempre fue adorador de las redes sociales, cuando la depresión de mamá se convirtió en sed de venganza lo buscó como loca con un nombre falso y apenas hace unos meses comenzó con los trámites para el divorcio legal. Siempre que venimos a con el abogado trae el anillo con ella, aunque no lo ocupe para nada. Hace un par de años mamá siempre lloraba con el anillo y una foto de ella y mi padre cuando novios en su viaje a Manzanillo sobre su regazo. Pero después quemó la foto y el anillo lo devolvió a la caja y no lo volvió a sacar hasta que comenzó con lo del divorcio.

Me acomodé en el asiento con la cajita fuertemente agarrada entre mis dedos. No sé por qué mamá me traía si yo nunca entraba. Supongo que el sentirme cerca le inspiraba seguridad, por eso nunca me quejé. No quería causarle problemas, trabaja todo el día y siempre regresa cansada, y los fines de semana se la pasa viendo lo del divorcio. Ella no tiene tiempo para mis problemas. Miré de nueva cuenta el edificio. Tal vez podría dormir una hora en lo que mamá salía.

Lunes 8 de marzo de 2010

—Esta vez no escaparás, princesita —dijo Fernanda bloqueando la puerta del salón y mi única salida a la libertad. Retrocedí unos pasos y choqué contra algo, no me atrevía a voltear, pero al no verlas junto a ella supuse que eran sus secuaces.

Agaché la cabeza y traté de pasar por debajo de su brazo, pero ella lo bajó y me tomó del cuello de la blusa.

—¿A dónde vas?, todavía no tengo mi almuerzo.

Volteando mi cara hacia otro lado le alcancé el billete. Ella lo tomo y me aventó contra el piso.

—¿Y mi almuerzo?, te dije que quería un *lunch* casero.

—Mamá no me hace el *lunch* —expliqué sintiendo cómo las palabras se atoraban en mi garganta.

—Da igual, si tu mamá no lo hace lo tendrás que preparar tú.

Asentí escondiendo mis ojos ahora llorosos tras el flequillo.

—Vamos, chicas —ordenó comenzando a andar rumbo al patio. Sentí a las otras tres rodearme antes de desaparecer tras el marco de la puerta.

Después de eso bajé las escaleras a paso lento. Ese día Vane no había ido porque estaba enferma. Comúnmente cuando esto sucedía le decía que se me había olvidado el dinero, ella me prestaba y se lo pagaba cuando podía, pero ahora no estaba y mi estómago comenzaba a reclamar la falta de alimento. No me podría concentrar en las siguientes horas y seguro llegando a casa me lanzaría de inmediato contra el refrigerador.

Miré la masa de alumnos. Si me atreviera a hablarles tal vez conseguiría con qué comprar algo. Suspiré una vez más y comencé a andar por el patio, no podía hacer nada más que esperar a que la escuela terminara para ir a comer a casa.

Miércoles 10 de marzo de 2010

—Perdón por dejarte sola —pidió Vane mientras que platicábamos en la entrada.

—No te apures, no fue tu culpa. Lo importante, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias. Todavía me duele un poco la garganta, pero nada más.

La campana sonó y el prefecto llamó a todos a formación. Después de eso las clases pasaron como si nada. El día anterior fue el “bien merecido descanso” que Fernanda se tomaba cada semana, lo cual fue un golpe de suerte para mí, pues se me había olvidado el

almuerzo. Esa mañana me había levantado temprano para prepararlo, no quería meterme en problemas, sin embargo, prefiero estar junto a Vane todo el día. Comúnmente cuando estoy con ella no me hacen nada o simplemente se acercan preguntando por “lo acordado”, yo les doy el dinero y se van. El trato es éste: Fernanda se alimenta a costa de mí, y yo y mi integridad física nos mantenemos relativamente a salvo.

El día parecía ir muy bien, Fernanda no se acercó a mí en toda la primera mitad del recreo y, después de muchas interrogantes de Vane, me animé a comerme la torta casera de queso asado que había llevado en lugar de comprarme un *lunch*. Degusté con cuidado su sabor en mi boca y empecé a considerar la idea de preparar también una para mí cada día. Hasta que Fernanda apareció con su séquito detrás.

—¿Dónde está lo que acordamos?

Miré con culpabilidad la torta y sin voltear a verla le respondí:

—Es que se me olvidó —mis palabras apenas las alcancé a escuchar yo misma, pero ella pareció entender.

—¿Por qué?

—Como no viniste ayer, y pensé que...

—Como sea, asegúrate de que no se te olvide mañana.

Asentí débilmente y alcé la vista. Fernanda me miraba furibunda desde lo alto, me miraba a mí y a la torta entre mis manos. Estaba en serios problemas.

—¿Qué quería? —preguntó Vane cuando la otra se hubo alejado lo suficiente.

—Es que le debía un favor —contesté. No era precisamente una mentira.

Ella me miró con desconfianza sin decir nada y siguió comiendo. Yo, en cambio, había perdido el apetito.

Jueves 11 de marzo de 2010

—¿Crees que un doble almuerzo saldrá tu deuda?
—preguntó Fernanda cuando le entregué las dos tortas.

—¿También quieres mi dinero? —pregunté con dificultad mientras le tendía el billete.

—A ella, chicas —ordenó a sus secuaces tras arrebatarme el dinero de la mano.

Anni, Daphne y Kate me arrojaron contra la pared y antes siquiera de que terminara de caer al piso comenzaron a patearme. Yo me hacía un ovillo y me cubría la cara con las manos en un intento inútil de protegerme. Cuando los golpes cesaron Fernanda se agachó a mi lado y me susurró al oído:

—Esto todavía no acaba, ¿entendido, princesita? Te veo a la salida detrás de la escuela, sé puntual o ya verás lo que te espera —se incorporó y lanzó una patada más de lleno a mi cara.

Yo me quede ahí, mirando el piso y abrazándome mientras mi cuerpo no paraba de temblar. Cuando ya no pude escuchar sus pasos me puse de pie y fui al baño a ver en el espejo el daño que había hecho mi estupidez del día anterior. Salía sangre de mi nariz chueca y la parte superior de mi pómulos derecho estaba rojiza e hinchada. Ese día por suerte tocaba educación física y llevaba *pants*, así que me los sacudí y me dirigí a la enfermería.

—Por Dios, niña, ¿qué te pasó? —preguntó la doctora cuando entré.

—Me caí y me golpeé contra la esquina del desnivel —le sonreí como si nada.

Ella me miró con desconfianza mientras se hacía cargo lo mejor posible del problema.

Las clases pasaron y a la salida fui donde Fernanda. Cuando llegué, ellas ya estaban ahí.

—Por fin llegas —me sonrió su líder.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté con algo de miedo.



—El otro día pasé por la tienda de regalos del centro y vi un anillo precioso que debo tener, pero verás que no me alcanza para comprarlo —comenzó.

—Descuida, yo lo compro, si le pido dinero a mi mamá te lo tengo para el...

—Espera —me detuvo—, yo jamás dije que lo comprarías. Lo robarás para mí, al fin y al cabo ya sabes lo que es tomar lo que no es tuyo, como la torta de ayer, ¿no?

La miré con miedo. No podía hacer eso. ¿Qué pasaba si me descubrían?, ¿qué pensaría mamá de mí cuando se enterara? Sea lo que sea, no le podía decir que era porque me estaban obligando o estaría en más problemas todavía. Pero no podía hacer nada, yo había sido la que cometió la tontería de comerse la torta y ahora tenía que pagar.

—¿Cuándo...?

—Ahora mismo, quiero asegurarme de que hagas las cosas como te las dije.

Asentí débilmente y comencé a andar detrás de ellas. Ése sería un día largo. Llegamos a la tienda. Ellas me hicieron señas de entrar.

—Es uno dorado con una piedra verde —indicó Fernanda antes de verme entrar a la tienda.

Caminé con desconfianza entre los estantes, como si sólo me dedicara a ver lo que había en ellos. En eso lo vi; el anillo era bastante bonito, pero no el que yo hubiera elegido. Miré a los lados con cuidado y me lo metí en el bolsillo antes de volver a salir del lugar. Mi paso era rígido y pausado, lleno de culpa.

—¿Puede mostrarme lo que lleva en los bolsillos? —pidió el encargado de la tienda deteniéndome en la entrada.

Alcé la vista, detrás de él estaban Fernanda y las demás riendo por lo bajo. Ahora sí, estaba en muy serios problemas.

Viernes 12 de marzo de 2010

—¿Por qué, hija? —preguntó mi decepcionada madre.

—No era mi intención, yo...

—Si no era tu intención, entonces, ¿qué hacías?

—Yo...

Nunca en mi vida me había sentido peor. Era horrible estar en esa situación. Lo que menos hubiera querido era ver a mamá preocupándose por mis tonterías. Ahora todo era un desastre y la confianza de mi madre se había ido por el caño.

—Déjalo, hija. Sólo... —dio un suspiro— que no vuelva a ocurrir.

—Sí, mami, te lo prometo.

Lunes 15 de marzo de 2010

—Por lo del otro día —comenzó Fernanda acercándose—, lo siento. Entré en pánico, ya sabes. El encargado se acercó a ofrecernos pasar a ver y me asusté.

La miré con desconfianza. Las otras tres se hallaban a una distancia considerable soltando risitas bobas por lo bajo.

—No pongas esa cara —me sonrió—, sin remordimientos. Te invito a una fiesta el viernes.

—No puedo, mamá me castigó —contesté algo tímida.

—Tengo entendido que ella llega a tu casa cuando más temprano a las doce, ¿o me equivoco?

Negué con la cabeza.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —su maliciosa sonrisa se ensanchó—. Sólo tienes que estar ahí cuando ella llegue.

—Yo... —titubeé. Nunca me invitaban a fiestas, casi nadie me hablaba y ahora ella parecía sincera. Ésta podría ser mi última oportunidad de ser más sociable.

—¿Entonces?

Alcé la mirada.

—Bien, ¿dónde es?

La sonrisa que se dibujó en su rostro me dio escalofríos.

—Será un lugar muy divertido.

Viernes 19 de marzo de 2010

Llegué puntual al lugar acordado con las chicas. Todavía no estaba muy segura de ello, pero parecía ser lo único que tenía por el momento. La idea era llegar allá a las nueve para que me pudiera regresar sin problemas a las once y media. Fernanda y las otras llegaron al cabo de un par de minutos y emprendimos la marcha rumbo al lugar de la fiesta. La casa era de unos amigos de Noemí, una chica de tercero. Los padres de ellos eran ricos, pero nunca estaban en casa y ellos se la pasaban organizando fiestecitas del tipo.

Todo parecía ir bien en la fiesta. Ya varios chicos se me habían acercado a hacerme la plática, pero yo era demasiado tímida como para andar ligando. Kate me invitó un coctelito al verme así.

—Tómatelo todo, hasta el fondo –indicó poniéndomelo enfrente—. Es una bomba, después de tomarlo te da igual lo que piense el mundo.

Yo lo tomé entre mis manos y sin cuestionamientos me lo bebí todo de un trago. No faltó mucho para que me comenzara a marear. Las imágenes se veían distorsionadas y de vez en cuando los colores, como si accionara el modo negativo de la cámara del celular. Después de eso, todo se volvió blanco. Lo único que recordaba fueron las voces de todos los que estaban ahí. Sus risas burlándose de mí y, sobre todo, la clara voz de Fernanda diciendo:

—A esto me refería con “algo divertido”, chicos.

Sábado 20 de marzo de 2010

Desperté de madrugada, casi desnuda, sola y abandonada en un callejón. Miré confundida a los lados tratan-

do de identificar el lugar en el que estaba. La cabeza me dolía horrores y la garganta me dolía, sin contar la náusea cosquilleándome en la boca del estómago. Sin poder evitarlo rompí en llanto.

Estaba tan cerca de mi casa que cualquier persona que pasase caminando por ahí me reconocería de inmediato. Tomé la chaqueta sucia y llena de vómito que habían tenido la “gentileza” de dejarme y me la puse conteniendo mis propias náuseas. Me escurrí entre las calles con cuidado, a esa hora ya nadie anda por ahí, pero era mejor prevenirlo.

Al llegar a casa, mamá estaba en la sala. Otra vez había fallado.

Viernes 30 de marzo de 2010

Mi vida era un desastre. Fernanda había subido las fotos de mí ese día en la fiesta al Face y sus malas jugadas aumentaban de nivel cada día y poco a poco me había distanciado de Vanesa. Estaba harta y quería que al menos algo de mi vida resultara “perfecto”. Y es por eso que simplemente salí de casa antes de que mamá llegara. Caminé lentamente por las calles, sin rumbo, hasta llegar a aquel edificio adecuado para lo que quiera. Ahora estoy aquí, tranquila y sin más preocupaciones, al fin mi vida es perfecta porque su final es... perfecto.

Di el paso decisivo, sin miedo ni dubitaciones me entregué a la muerte. Pero alguien arruinó mi perfecto final aferrándose a mi podrida vida.

Epílogo

Los secretos a voces son algo que en realidad existe. Se supone que tenemos derecho a no ser agredidos física ni psicológicamente, pero estos casos son reales. Todos saben o sospechan algo, pero nadie lo dice o lo acepta. Vanesa siempre lo sospechó, pero nunca se atrevió a preguntar directamente, y aunque la mamá de Dana

sentía que había algo raro ahí, sólo observó cómo su hija se destruía por miedo a descubrir la verdad. Las amigas de Fernanda eran otras víctimas más, que la seguían por temor a ella.

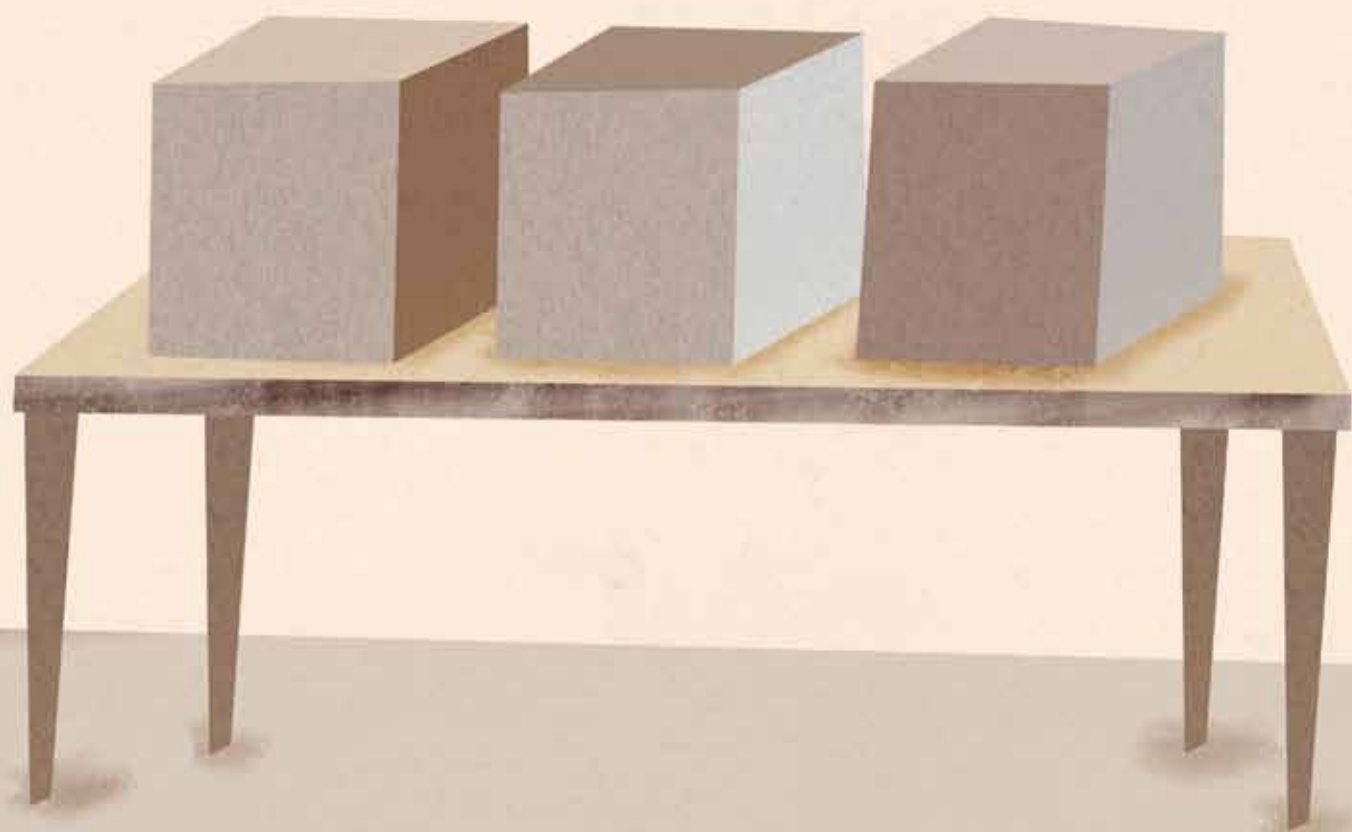
La mamá de Dana comenzó los trámites legales para demandar a las agresoras de su hija y dejó de lado lo del divorcio por un momento. Quedó en eterna deuda con Vanesa, pues fue ella quien advirtió el extraño comportamiento de Dana y la siguió hasta aquel edificio de oficinas en el que nadie notó a las dos chicas de doce años que se colaron por la puerta principal.

Ahora Dana está recibiendo atención psicológica y se tuvo que mudar para dejar atrás aquel lugar que le traía tantos malos recuerdos, que más adelante serían bloqueados de su mente por el trauma.

Esta historia es para hacer conciencia y para que las personas piensen en lo que estos secretos a voces pueden provocar si no son dichos a tiempo.







TERCERA CATEGORÍA, TERCER LUGAR

LAS NIÑAS Y LAS ELECCIONES

Dayan Scarlet Rodríguez Soto





había una vez tres niñas, una era buena, otra era mala y otra era Juana. Las tres iban caminando por diferentes lugares y así llegaron hasta una casa y entraron. En la casa solamente había una habitación y dentro de la habitación sólo había una mesa. En esa mesa había una caja de cartón, de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud, para cada una de las niñas.

Dentro de cada una de las cajas de cartón (bien selladas, como para que nadie sospeche fraude) había un papelito en blanco y otro papelito con una leyenda que decía:

*Instrucciones para el uso de los papelitos
en blanco dentro de las cajas de cartón*

Este papelito blanco representa un voto de un miembro de Ciencias de la Salud. Después de 24 horas, este papelito blanco se reproducirá y usted tendrá un papelito más. Cada 24 horas, los papelitos que se encuentren dentro de esta caja de cartón se multiplicarán. De esta manera, la poseedora de esta mágica caja de cartón (de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud) tendrá a su disposición votos como para negociar espacios de poder y no quedarse afuera de la repartija. La única condición es que siempre deberá haber, al menos, un papelito blanco dentro de esta caja de cartón (de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud).

Cada niña tomó su caja de cartón (de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud).

La niña mala no esperó las 24 horas y aprovechó la circunstancia para hacer valer su papelito; claro está, lo gastó y dejó vacía su caja de cartón. Disfrutó el momen-



to, fue decana interina, pero ya no tuvo más papelitos dentro de su caja. Ahora ya no tiene papelitos (que le garanticen estar en el centro de la repartija del poder), pero le quedan el recuerdo y la nostalgia por los aciagos días en que, fugazmente, pudo ser decana interina.

La niña buena esperó las 24 horas y comprobó que ya tenía dos papelitos dentro de su caja. A las 24 horas más ya tenía cuatro papelitos. Al paso de los meses, la niña ofreció sus papelitos a Adela Segarra. Al año los ofreció a un rector interino, con el tiempo se asoció (no se sabe si con empresas extranjeras vinculadas al obispado) e inició la exportación de papelitos. Llegó a ser nombrada “La Mujer del Año” y fue inmensamente rica y poderosa. Nunca se preocupó por saber de dónde venían los papelitos, para no tener cargo de conciencia y para seguir negociando con ellos espacios de poder. Hoy ya no es propietaria de la mágica caja de cartón. No conoce tampoco el origen de los papelitos a los que tanto provecho supo sacarles.

Finalmente, la niña Juana salió consternada de la casa que sólo tenía una habitación donde había tres cajas de cartón (de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud) y, mirando hacia todos lados, sacó el papelito de la caja de cartón, hizo un avioncito y puso la caja a disposición de quien la necesite.

Sin darse cuenta, la niña Juana cambió la premisa del cuento. Utilizó la caja de cartón (de esas que se pueden envolver y sellar para hacer las urnas en las elecciones de Ciencias de la Salud) para una finalidad distinta y nos arruinó, a todos nosotros, la moraleja del cuento de los papelitos, aduciendo que todas las opciones que sean terminantes son una trampa.



Cuentos de jóvenes para jóvenes se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México, D. F., el 15 de noviembre de 2012. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz Flores, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y vtks encount(e)r.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 15 de marzo de 2013
--



Instituto Electoral del Distrito Federal